

Antes de ir a la guerra, Krebs estuvo en un colegio metodista de Kansas. En una fotografía aparece con los miembros de la fraternidad y todos tienen exactamente el mismo cuello alto característico. Se alistó en la marina en 1917 y regresó a los Estados Unidos cuando lo hizo la segunda división del Rin, en el verano de 1919.

Otra fotografía lo muestra en el Rin, con dos alemanes y un cabo. Los uniformes les quedan chicos y las mujeres no son hermosas. El río no se ve en la fotografía.

Cuando Krebs volvió a su ciudad, en Oklahoma, ya habían terminado los «¡vivas!» a los héroes. Regresó demasiado tarde. Los hombres de la ciudad que habían sido reclutados fueron recibidos con grandes agasajos y abundantes ataques de histeria. Ahora, en cambio, se operaba una reacción. A la gente le parecía ridículo que Krebs volviera tan tarde, años después de concluida la contienda.

Al principio, Krebs no quiso contar nada a pesar de haber estado en el bosque de Belleau, en Soissons, Champaña, Saint Mihiel y la Argonne. Después sintió la necesidad de hacerlo, pero nadie sentía demasiado interés en escucharlo. Su ciudad había oído muchas leyendas atroces como para estremecerse por la verdadera realidad. Por último, Krebs se convenció de que tenía que mentir para despertar la atención, y, después de hacerlo en dos oportunidades, también él experimentó una reacción contra la guerra y contra todo lo que a ella se refería. Esos embustes provocaron su disgusto por todo lo que había ocurrido en el campo de batalla. Siempre se había mostrado sereno y casi indiferente al pensar en la época en que hizo lo único que tenía que hacer un hombre de verdad, sin jactancia ni ostentaciones, a pesar de haber podido tomar otro camino. Pero ya no poseía esa estimable cualidad. La había perdido por completo.

Sus mentiras no tuvieron ninguna importancia y consistieron en atribuirse cosas que otros hombres habían hecho, visto u oído, y en afirmar como realidades ciertos incidentes apócrifos comunes a todos los soldados. Sus engaños carecieron de trascendencia, incluso en el salón de billares. No emocionaron a sus amigos, que, por haber oído narraciones según las cuales habían encadenado las mujeres alemanas a las ametralladoras en la selva de Argonne, no podían comprender, o se lo impedía su patriotismo interesado, que hubiese ametralladoras alemanas sin gente encadenada.

La experiencia resultante de la falsedad o la exageración le provocó repugnancia, y

cuando a veces se encontraba con otro legítimo exsoldado y conversaban unos minutos en algún baile, adoptaba la cómoda actitud del soldado viejo entre colegas, que manifiesta haber tenido siempre un miedo terrible y nauseabundo. De esta manera lo perdió todo.

Por aquella época, a fines de verano, se acostaba tarde y se levantaba para ir hasta la biblioteca pública a buscar un libro. Después, almorzaba en su casa y se sentaba en el balcón, leyendo hasta aburrirse. Entonces volvía a salir, e iba al salón de billares, bajo cuya fresca oscuridad pasaba las horas más bochornosas. Le gustaba con locura jugar al billar.

Al anochecer se entretenía tocando el clarinete, y luego daba una vuelta, leía otro poco y se acostaba. Todavía era un héroe para sus dos hermanas menores. Y su madre le hubiese llevado el desayuno a la cama si él se lo hubiera pedido. Muchas veces entraba cuando su hijo estaba acostado y le decía que le hablase de la guerra, pero casi siempre terminaba interrumpiéndolo con frases incoherentes. Su padre era neutral.

Antes de ir a la guerra, Krebs no había conseguido nunca la autorización para manejar el automóvil familiar. Su padre se dedicaba a la compra y venta de propiedades y siempre necesitaba el coche para llevar a algún cliente al campo y mostrarle una granja u otro terreno. El vehículo estaba siempre detenido frente al edificio del First National Bank, donde su padre tenía una oficina en el segundo piso. Ahora, después del conflicto, conservaba el mismo coche.

Nada cambió en la ciudad, excepto las muchachas, que crecieron bastante. Pero vivían en un mundo tan complicado de matrimonios convenidos y enemistades familiares que Krebs no tenía la energía ni el coraje necesarios para intentar algo. Sin embargo, le gustaba mirarlas. Eran muchachas muy guapas. Casi todas llevaban el pelo corto, cosa que no ocurría antes, cuando solo las chiquillas o las muchachas muy modernas lo llevaban de aquel modo. Todas llevaban suéteres y blusas de cuello redondo. Parecían sacadas del mismo molde. Le gustaba observarlas desde el balcón de su casa mientras ellas pasaban por delante. Le gustaban los cuellos redondos sobresaliendo por encima de los suéteres, y también las medias de seda, los zapatos bajos, el cabello cortado y su manera de andar.

Cuando estaba en el centro de la ciudad no sentía tanta atracción. No experimentaba la misma complacencia al verlas en los merenderos. En realidad, no le hacían falta esas mujeres. Eran demasiado complicadas. Y había algo más. De un modo vago, deseaba tener una mujer, pero no quería trabajar mucho para conseguirla. Le hubiera gustado una mujer, sí, pero no estaba dispuesto a perder mucho tiempo para conquistarla. No quería mezclarse en la intriga amorosa y en el galanteo. No quería hacer la corte ni decir mentiras. No valía la pena.

No quería padecer las consecuencias. No deseaba volver a enfrentarse con ninguna consecuencia. Deseaba vivir sin complicaciones. Además, en realidad no necesitaba una mujer. Se lo habían enseñado en el ejército. Era lógico obrar como si uno la necesitase. Casi todos hacen así. Pero no es verdad. No hace falta tener una mujer. Eso es lo gracioso. A veces, un tipo se jacta de que las mujeres no significan nada para él, que nunca ha pensado en ellas y que no podrán perturbarlo. Otras, declara que no puede vivir sin mujeres, que las necesita siempre y que no soporta tener que acostarse solo.

Todo es mentira. Las dos posiciones son falsas. Uno siente la necesidad de mujeres solo si piensa en ellas. Esto lo aprendió en el ejército. Por otra parte, tarde o temprano se consigue alguna mujer, cuando uno está preparado para recibirla. No hace falta pensar en eso. Tarde o temprano, llega. Lo había aprendido en el ejército.

Ahora le hubiera gustado una mujer, siempre que no hubiera sido necesario conquistarla conversando. No quería tomarse ese trabajo. Pero, aquí, en «casa», era demasiado complicado. Sabía que no podía soportar nunca esos convencionalismos. No era lo mismo que con las francesas y las alemanas. Con esas no había que hablar; era más sencillo. Pensó en Francia, y al mismo tiempo se acordó de Alemania, que, en general, le gustó más. Cuando tuvo que irse lo hizo de mala gana. No quería regresar y, sin embargo, había vuelto. Estaba sentado en el balcón de su casa.

Le gustaban las mujeres que pasaban por delante. Eran mucho mejores que las francesas o las alemanas, pero vivían en un mundo que no era el suyo. Le hubiera gustado tener una. Pero, ¿para qué? ¡Estaban hechas con un molde tan bonito! Le gustaba aquel modelo. Era excitante. Pero no hubiera podido aguantar las cosas que había que decir. No era imprescindible tener una mujer, aunque le gustaba mirarlas. No hacía falta, ahora que las cosas marchaban bien otra vez.

Estaba sentado en el balcón, leyendo un libro sobre la guerra, una historia que contaba todos los combates en los que había intervenido. Resultaba la lectura más interesante de su vida. Le hubiera gustado solamente que el libro hubiese tenido mayor número de mapas. Esperaba con ansiedad leer todas las historias verídicas cuando las publicaran con mapas bien detallados. En realidad, solo ahora estaba aprendiendo algo de la guerra. Había sido un buen soldado, y ahí estaba la diferencia.

Una mañana, al cabo, más o menos, de un mes de su regreso, su madre entró en su dormitorio y se sentó en la cama. Sus manos jugueteaban con el delantal.

—Anoche hemos conversado tu padre y yo, Harold —le dijo—, y está dispuesto a dejarte salir con el coche por la tarde.

—¿Sí? —exclamó el muchacho, que no estaba despierto del todo—. ¿Usar el coche? ¿Sí? ¿De veras?

—Sí. Hace tiempo que tu padre resolvió dejarte manejar el coche cuando se lo pidieras, pero justamente anoche mismo conversamos sobre esto.

—Estoy seguro de que fue por ti.

—No; tu padre sugirió que hablásemos de este asunto.

—¿Sí? Estoy seguro de que fuiste tú.

Krebs se sentó en la cama.

—¿Vas a venir a desayunar, Harold?

—Iré en seguida que me haya vestido.

Su madre salió de su habitación y él oyó que estaba friendo algo abajo, mientras se lavaba, se afeitaba y se vestía para ir al comedor. Cuando empezó a desayunar, apareció su hermana Helen con la correspondencia.

—¡Hola, Haré! ¡Dormilón! ¿Para qué te levantaste?

Krebs la miró con simpatía. Era la mejor de sus hermanas.

—¿Tienes el periódico? —le preguntó.

Ella le dio el Kansas City Star y Krebs le rompió la faja postal y lo abrió por la página de los deportes. Después de doblarlo, lo apoyó en la jarra del agua, manteniéndolo sujeto con su plato de cereales. Así podía leer mientras se desayunaba.

—Harold —dijo la madre desde la puerta de la cocina—, ten cuidado de no ensuciar el periódico. Mira que tu padre no puede leerlo si lo encuentra sucio.

—No, no voy a mancharlo —contestó Harold.

Su hermana se sentó allí también. No le quitaba la vista de encima.

—Esta tarde vamos a jugar béisbol en el gimnasio de la escuela —le dijo—. Yo seré lanzadora.

—Muy bien —manifestó Krebs—. ¿Y cómo está la campeona?

—Juego mejor que casi todos los muchachos. Les dije que tú me habías enseñado. Las otras chicas no son muy buenas jugadoras.

—¿Sí?

—Les dije a todos que tú eres mi novio. ¿No es cierto que eres mi novio, Haré?

—¡Ya lo creo!

—¿Acaso el hermano de una no puede ser también el novio? ¿O se lo impide esa circunstancia?

—No sé.

—Sí que lo sabes. ¿No serías mi novio si yo fuese más grande y tú lo desearas de verdad, Haré?

—¿Cómo no? Ahora eres mi novia.

—¿De veras? ¿Es cierto que soy tu novia?

—¡Claro!

—¿Me quieres, entonces?

—Ajá.

—¡Y me querrás siempre!

—¡Claro!

—¿Entonces irás a verme jugar béisbol?

—Tal vez.

—¡Oh, Haré! Tú no me quieres. Si me quisieras, irías a verme jugar.

En aquel momento la madre de Krebs entró en el comedor. Traía de la cocina un plato con dos huevos fritos y un poco de tocineta tostada, y otro lleno de tortas de alforfón.

—Vete, Helen, que tengo que hablar con Harold.

Le puso los huevos y la tocineta delante y trajo un jarro de sirope de arce para tomar con las tortas. Después se sentó en la mesa, frente a su hijo.

—¿Puedes retirar el periódico un instante, Harold?

Krebs sacó el diario, que les impedía verse, y lo dobló.

—¿No has resuelto todavía qué es lo que vas a hacer, Harold? —dijo la mujer mientras se sacaba los anteojos.

—No había pensado en eso.

—Dios ha creado el trabajo para todos. No puede haber haraganes en Su Reino.

—Yo no vivo en Su Reino.

—Todos estamos en Su Reino.

—No —contestó su hijo.

—¿Y no te parece que ya es hora? —la voz de su madre denotaba más preocupación que energía.

Krebs estaba molesto y resentido como siempre.

—¡Me he preocupado tanto por tu porvenir, Harold! —continuó su madre—. Conozco todas las tentaciones a las que has estado expuesto. Sé lo débiles que son los hombres. Recuerdo lo que dijo tu querido abuelo, mi propio padre, sobre la Guerra Civil, y por eso he rezado por ti. Rezo por ti durante todo el día, Harold.

Krebs miró la grasa de la tocineta que se endurecía en el plato.

—Tu padre también está preocupado. Cree que has perdido toda ambición, que no tienes un objeto definido en esta vida. Charley Simmons, que es de tu misma edad, ha conseguido un buen empleo y está a punto de casarse. Casi todos los muchachos han sentido el juicio. Han resuelto ser algo. Hay muchos, como Charley Simmons, que serán un orgullo para la sociedad.

Krebs no dijo nada.

—No te enfades, Harold. Bien sabes que sentimos un gran cariño por ti, y si te recuerdo cómo se presentan las circunstancias, es por tu propio bien. Tu padre no desea poner trabas a tu libertad y por eso ha pensado que es mejor dejarte salir con el coche. No nos disgustará, ni mucho menos, que salgas a pasear con alguna muchacha bonita. Tienes derecho a divertirte, pero también tienes el deber de buscar un trabajo, Harold. A tu padre no le importa qué clase de trabajo sea. Dice que cualquier tarea es honesta. Pero tienes que hacer algo, Harold. Él me pidió que hablara contigo, y dijo que puedes ir a verlo a la oficina, cuando quieras.

—¿Nada más?

—Eso es todo. ¿Acaso no me quieres, hijo mío?

—No —respondió Krebs.

Ella lo miró a través de la mesa. Las lágrimas hacían brillar sus ojos.

—No quiero a nadie —dijo Krebs.

Era inútil. No debía decírselo, no podía hacérselo comprender. Fue una estupidez decirlo. Solo había conseguido apenar a su madre. Se le acercó y la tomó del brazo. La mujer estaba llorando y se tapaba el rostro con las manos.

—No quise decir eso. Estaba enfadado por otra cosa, nada más. No quise decirte que no te quiero.

Ella continuó llorando. Krebs la rodeó con el brazo.

—¿No me crees, mamá?

Ella negó con la cabeza.

—Te lo ruego, mamá. Créeme, por favor. Créeme. Es cierto.

—Muy bien; te creo —dijo la madre mientras levantaba la mirada—. Te creo, Harold.

Krebs besó el cabello de su madre.

—Soy tu madre —musitó ella—. Te he tenido junto a mi corazón cuando eras un crío.

Krebs sintió una especie de molestia que ya conocía.

—Lo sé, mamita —dijo—. De ahora en adelante trataré de ser un buen hijo.

—¿Quieres arrodillarte y rezar conmigo, Harold? Vamos.

Los dos se arrodillaron junto a la mesa del comedor y la madre de Krebs empezó a rezar.

—Ahora tienes que rezar tú, Harold.

—No puedo.

—Haz la prueba, hijo. Reza.

—No puedo.

—¿Quieres que lo haga yo por ti?

—Bueno.

Entonces, su madre rezó por él, y cuando se levantaron, Krebs la besó de nuevo y se fue. Había hecho todo lo posible para evitar complicaciones en su vida, y hasta ese instante había triunfado. Pero entonces sintió lástima por su madre y se vio obligado a mentir otra vez. Resolvió ir a Kansas City para conseguir trabajo, y así ella se tranquilizaría, aunque quizá tuviera lugar una nueva despedida con lágrimas. También decidió no bajar a la oficina de su padre. Quería que su vida se deslizara suavemente. Acababa de empezar como deseaba, sin complicaciones. Pero, bueno, ya no era así. Iría a la escuela para ver el juego de béisbol de Helen.